

# Hijos de un amor imposible

Joan Pla

Algar Joven

La huella del primer amor es imborrable

Las adelfas crecían espesas a lo largo del lecho del río que pasaba por delante de mi casa. Me encantaba verlas siempre tan verdes; ellas agradecían los rayos de sol como un canto de ruiseñor y sacaban por encima de sus hojas unas flores rosas que nunca he probado porque dicen que son muy venenosas.

El lecho del río era de piedras redondas y por eso, cuando era pequeña, pensaba que debía de oler a piedra. El río se deslizaba seco como una gruesa serpiente y se perdía a lo lejos, buscando el mar entre una hilera de almeces que, durante el otoño, dibujaban sus negros frutos entre el verde de sus hojas.

Me gustaba bajar y jugar con la arena. Hacía hoyos muy grandes, arrimaba la cara y confesaba en ellos mis secretos de niña solitaria. Luego arrancaba unas flores de adelfa, las metía en el hoyo y las cubría con la arena. Era necesario que se marchitasen y se pudriesen porque, si no, alguien podría descubrir los secretos allí enterrados.

Eso me pasó la primera vez que me noté preocupada por algo. Por aquellos días yo estaba muy ape-

nada. Mi madre tenía la barriga hinchada y era, me aseguraba, porque yo iba a tener otro hermano. Hacía el número cinco. Le preguntaba a mi madre que cómo saldría de la barriga, y ella me contestaba que los niños, cuando ya están crecidos en el vientre de las madres, salen por el ombligo. Por las noches miraba mi ombligo y lo veía tan pequeño que pensaba que era imposible que ningún niño pudiese sacar la cabeza por él, aun cuando el de las madres fuese más grande. Y estaba muy preocupada por ella. Confíe mi secreto a un hoyo de arena y lo cubrí con mi pena. Cuando volvía a casa, vi que Sergio estaba en la otra orilla, recostado sobre la pared que rodea su chalé, y me observaba. Era de mi edad. Su chalé era nuevo y muy bonito. Sergio era moreno como las alas de las moscas y tenía los ojos muy grandes. Cuando en el colegio podía observarlo de cerca, me encantaba mirarle el blanco de los ojos, que parecía que lo habían blanqueado con cal, como cuando las mujeres enjalbegan las fachadas de las casas para las fiestas. Me quedé quieta, con los ojos fijos en él. Debía de parecer alelada. Me senté junto al río y esperé a ver si se me acercaba. Dio media vuelta y entró en su casa. Me quedé muy desilusionada, pero no pude evitar empezar a quererle sin saber cómo ni por qué. Quizá le necesitaba, y le arrojé media docena de besos. Después entré en mi casa.

Nunca sabré si mi madre se dio cuenta de que me miraba el ombligo constantemente y de que me lo estiraba intentando hacérmelo más grande. Al cabo de dos días de haber escondido mi secreto, mi madre comentó durante el almuerzo que yo era una incrédula, pues no me fiaba de que los niños pudiesen salir de las barrigas de las madres por el ombligo, y que si sabía otro sitio por donde pudiesen salir, que lo dijese delante de mis hermanos. Me dio rabia de que se burlara de mí delante de los demás, pero me sorprendí al ver que había descubierto mi gran secreto. Me eché a llorar y no quise seguir comiendo; cogí el plato de comida en las manos con la intención de tirarlo al suelo y romperlo. Sólo me retuvo la cara que puso mi padre, que cuando se enfadaba le salían los demonios a miles por los ojos.

Aprovechando mi enfado, salí de casa y me dirigí al río. Al llegar donde había hecho el último hoyo, vi que lo habían escarbado, como si fuese la entrada a una madriguera de topos. Y las flores de las adelfas habían desaparecido.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Sentí, ahora más que nunca, una gran necesidad de comunicarme con alguien, y dirigí la mirada hacia el chalé de Sergio para ver si estaba allí y acudía a consolarme, pues mi pena era cada vez mayor. Como vi que no aparecía, cogí las piedras que tenía cerca de mí y las arrojé contra su casa. Y cuantas más arrojaba, más rabia sentía y más

me enfurecía. Al final me dejé caer sobre el lecho del río y nadie vino a buscarme, ni nadie se acercó a recordarme que tenía que ir al colegio. Cuando me levanté, mi cuerpo estaba lleno de pequeños hoyos de un rosa intenso. Eran las marcas de las piedras sobre las que me había acostado.

Tapé el hoyo con piedras grandes y me dirigí un poco más arriba, hasta que encontré una mata grande de adelfa, me metí en ella, me recosté, y encerré entre sus tallos mis penas. Cuando anocheció, empecé a oír mi nombre. Me había quedado con todo el frío del atardecer en las manos, y las piernas no querían desentumecerse. Era mi padre quien me llamaba, y me llamaba con rabia.